mariana libertad

El libro de los destinos

Alcaldía de Caracas
Fondo Editorial Fundarte

Colección **YO MISMA FUI MI RUTA**

El libro de los destinos

Mariana Libertad

Colección Yo misma fui mi ruta

Alcaldía de Caracas
Fondo Editorial Fundarte

El libro de los destinos
© Mariana Libertad Suárez, 2020
© Fundación para la Cultura y las Artes, 2020

Concepto y edición: Giordana García Sojo
Diseño y diagramación: J.R.C.

ISBN: 978-980-253-779-2
Depósito Legal: DC2020001001
Caracas - República Bolivariana de Venezuela

Índice

Presentación

I.
Irkalla
Al ruedo
Reclusión
Artemisa
Excoriación
Y llega un día en que entiendes
Monte Hood
II.
La Tregua
Oasis
El arca
Presagios
Omisiones
Diciembre
Deflagración
Miércoles de ceniza
Uróboros
III.

Mariana Libertad Suárez (reseña biográfica)

Presentación

La palabra de Mariana Libertad invoca y evoca: en el discurrir de sus versos acariciamos de su mano voces y términos de las lecturas y la vida entera que la compone. Asistimos a ceremoniales secretos y palpamos pactos de amor y de silencio. Se desmiembra la voz que asume y observa. Un encuentro ceremonial y ritualista con un destino apropiado por la voz poética asoma y toma.

La naturaleza la compone y ella a su vez es parte vital de los ciclos. En ***El libro de los destinos*** asistimos a la esfera humana, minimalista y precisa que se entrelaza sin ruido alguno con una esfera más etérea, más profunda: "Por esa abertura pequeñísima,/ busco mi esfera,/ al hombre que, sudado, llega a casa,/ el olor de las carnes al carbón,/ el sonido del puerto,/ el ladrido de asombro,/ los dieciséis piecitos diminutos". Ese lugar donde la mirada de la poeta y la mirada de todos nosotros, invitados, asistidos y sensitivos podemos ser parte, ser arte y ser eco.

La conciencia de pertenecer a la naturaleza, a la plenitud de su salvaje y dulce corporeidad y a la vez a los clanes, a los hilos de los dioses, a sus partes, seduce. Una voz claramente erguida sobre sus composiciones, su feminidad y sus ancestros. Hay parajes de dolor físico y ancestral, hay parajes melancólicos y subterráneos: "Con el empeine a punto de llorar, acepto la cándida inocencia de los zarzales y la inevitable/ letalidad de las astillas que se clavan/ en aquellos que erran con los pies/ en carne viva", queda en el aire, flotando, la sensación de que recorremos lugares sagrados, lejanos y a la vez conocidos y he aquí la idea de destino, de camino, de ruta que recorremos invariablemente y ante la que nos inclinamos.

Caos y orden, dioses y mortales, heridas y sanaciones, caminos posibles, encrucijadas que nos plantan frente a lo inexorable: la vida y la vivencia: "Y cuando huelo a Siris, me embarga el olor de mi nostalgia". Leemos el libro, leemos los destinos, tal vez miramos nuestros propios sinos, hemos vuelto llenos de humaredas, vapores, llamaradas, erupciones, vahos. La fastuosidad de lo material nos maravilla y aplasta, pero, a la par, el amor nos sostiene y nos reconcilia. Junto a Enlil, dios lejano, perdido, que la escucha vemos crecer en la poeta, en su voz y en sus exploraciones "los vericuetos que encubren mi (su) futuro", que podría ser parte del nuestro o con el que nos tropecemos bienhadadamente alguna vez.

María Alejandra Rojas

El libro de los destinos

I.

Enlil, señor del viento,
que espiabas la multiplicación de nuestros cuerpos
en el sombrío cuarto de los espejos,
que mirabas el contraste de nuestras pieles y podrías dar fe
[de nuestra intemperancia,
que sabes, así nunca lo reveles, que apostaba por ti,
cada vez que entre gritos pronunciaba su nombre.

Enlil, señor del viento,
quiero leer de soslayo lo que dicen tus tablas.

Irkalla

Procuro conservar todas mis pieles, a medida que me acerco
[a Irkalla.
Nunca me despedí de los ancianos,
jamás tuve a esa niña entre mis brazos,

las miradas amigas se transforman
en gélido temblor inenarrable.

Atravieso el umbral, me descortezo y una capa de mi rostro
se desmiga.
Llego casi al desnudo,
siento miedo,
que me perdonen todos,

aunque lo intente,
no puedo simular que estamos bien.

Al ruedo

Hambrienta, saboreo los cristales que la marcha había
[incrustado en mis talones.

La cena fue el sarcófago de los abrazos.
Sus pestañas, el contragolpe de ese adiós
que cerraba la portezuela obscura.

La primera fogata, la membrana irrigada de vasos sanguíneos,
los diablillos danzantes
canturrearon en medio del desierto.

Un himno penitente me anunció la llegada del más paradójico
[de mis amaneceres.

Reclusión

Hay un hoyo en el zócalo desusado del inframundo, por el que
[dicen que se fugaba la mirada de Namtar.
Por esa abertura pequeñísima,
busco mi esfera,
al hombre que, sudado, llega a casa,
el olor de las carnes al carbón,
el sonido del puerto,
el ladrido de asombro,
los dieciséis piecitos diminutos.
Hay un halo de luz que entra y penetra cruzando el agujero.
Por la insignificante ranurita,
me alcanza, inextinguible,
el croar sempiterno de las ranas
que me atraviesa en todos los sentidos,
me envuelve en su membrana
ya me sé.

Artemisa

Deseo transformarme en jabalina,
a fin de cuentas, soy
un mamífero de medianas dimensiones
pertenezco a la familia de los suidos,
tengo el alma estampada en gris y negro,
solo me violento cuando estoy herida
y gozo al restregar mi hocico
en los recodos de los sotobosques.

Si me guías en la metamorfosis,
quizás me ría en otoño, cuando los machos se peleen a muerte,
quizás termine por perdonarle la vida al buen Adonis
o puede que me deje cazar y te deshonre,

pero valdrá la pena.

Juro que, si me ayudas,
correré a reencontrar a mi familia,
caminaré seguida de jabatos,
visitaré las piaras de mis ancestros
y nunca volveré a permitir
que mi manada se quiebre en mil pedazos.

Excoriación

Con las plantas llagadas, veo cómo el valor se transforma
[en blasfemia;
la ternura, en absurdo;
las lanas imperiales, en jirones sangrantes;
Aracne, en una bordadora timorata;
las ramas de cenízaro, en el arma
[predilecta de los torturadores.

Con el empeine a punto de llorar, acepto la cándida inocencia de los zarzales y la inevitable letalidad de las astillas que se clavan
en aquellos que erran con los pies
en carne viva.

Y llega un día en que entiendes

que solo hecha mendrugos, te harás invisible ante las Keres
que solo desmembrada, escaparás de la barca de Creonte
que solo fracturada, hendida y dividida,
conseguirás que Eris detenga
[su acechanza.

Y llega un día en que entiendes,
pero no por eso, dejas de llorar.

Monte Hood

Hoy decidió volver,
me sorprendió con un café en la mano,
a tres mil trecientos metros de distancia,
tras doscientos o dos mil años de espera,

llegó sin hacer ruido
me saludó y sonrió
con los ojos rebosantes de condescendencia.

Hoy decidió volver
a recorrer las turbaciones de mi epiglotis,
para llevar la afonía erupcionable
a la catástrofe.

II.

Enlil, paria idolatrado, dinos

si los fluidos que conseguí beber a borbotones
eran la pócima que me conduciría a la entrega irreversible,

si, de nuevo, quedaré sin aire en medio de mis ruegos

o si, por fin, ahorcados y asfixiados, podremos discernir
que llegó el día de detener las súplicas.

La Tregua

Te pierdes, sumida entre las sábanas
heladas, por la ausencia de Nergal.
Lo buscas bajo el marco de las siete puertas,
intentando zafarte de su olor.
(O quizás evocándolo,
evocando sus labios,
la palma de su mano).
Regresas a tu lecho,
sedienta y angustiada,
transpiras, mientras tu dramático pulgar
se decide a aparentar que lo has hallado.

Gritas, más de resignación que de placer
y sales al encuentro de algún río.

La cautela de Gugalanna ya te aburre,
Despiertas, húmeda y sin sentido,

y duermes y despiertas y duermes y despiertas,
con un trozo de Nergal en tu entrepierna.
Abrasivo, te inunda, lo aprietas, tanto como tus fuerzas
[lo permiten,
lo besas, como si no cupiera nada más.

Suspiras,
la pesadilla de hoy ha terminado.

Oasis

Siris se echa a volar y la sombra difusa de sus alas
resguarda aquellos suelos atigrados.

Los resguarda del sol, de mis recuerdos,
los resguarda del tiempo que hemos sido.

Siris se desvencija y entiende que las algas se han marchado.
Lo cuenta lagrimeando, mientras me ve oscilar
entre las desconfianzas y las fobias.

No hay verde, aúlla asustada, cuando termino a sorbos con
[su linfa inclemente.
Me echo a soñar mientras me arrulla a gritos.

Y cuando huelo a Siris, me embarga el olor de mi nostalgia.

El arca

Emerjo
de las ondulaciones del Éufrates,
me apropio de cada sedimento,
del limo
que nació de nuestro encuentro,
de las partículas de arcilla,
ocres y ambarinas,
dignas de nutrir
la vida nueva.

Soy el reflejo que te ofrece surcar,
las altas montañas de Armenia,
apegada al incipiente sueño
de trascendencias y de eternidades,
a caballo,
este cuerpo que ya no tiene nombre,
se funde con el macizo de Aragats,
donde encallas, Noé, para garantizar
la continuidad de nuestra especie.

Presagios

¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada:
oh noche que juntaste
Amado con Amada.
Amada en el Amado transformada!

San Juan de la Cruz, *la noche oscura del alma*

Sobre la cumbre vieja,
en la tarde de junio revelaste
tu voluntad añeja
y el lar de la memoria abandonaste
¡Oh noche que guiaste!

Indubitablemente,
tu paso en las tinieblas avanzaba
y con tu andar demente
fue la historia sagrada
¡Oh noche amable más que la alborada!

Cráter del Duraznero
manso acató lo que dictaminaste,
Hoyo negro y su agüero
te obligaron a ver lo que dejaste
¡Oh noche que juntaste!

Tras treinta y ocho días,
la agonía en tu andar petrificada
y el río que fluía
te llevaron al fin a mi morada
Amado con Amada.

Cesaron erupciones,
humaredas, vapores, llamaradas.
Y tras las contriciones,
piel bienaventurada,
¡Amada en el Amado transformada!

Omisiones

Los libros de historia callan mucho más de lo que dicen,

a diferencia de los chismes de pasillo
nunca mencionan el nombre de Astarté.
Afirman que la sabiduría de los grandes
se esconde en los anaqueles fuliginosos
que pertenecen a aquellos que, aunque
[me empeñe,
no consigo agradar.

Saben, pero no dicen, que cabalgar un león es una experiencia
[deliciosa,

que Astarté lo disfruta,
aunque solo el león
consiga cambiar su piel por bronce.

Que el león lo agradece,
aunque solo Astarté
pueda comentar lo que ha ocurrido.

Ojalá nadie torture tu melena,
ni interrogue mi voz,
pues ellas son mujeres y no saben callar
como lo haría cualquier libro de historia.

Diciembre

Perséfone, que ya camina sola, sonreirá al saber lo que ha pasado
y posará su enclenque mano sobre el vientre en el que eres
[digerido.

Será un encuentro breve
con la única Titán que sobrevive,
errarás en cada una de sus caras,
te hallarás en cada una de sus bocas.

Deflagración

Viscoso asciendes y a tu paso enturbias,
el vaho enfrascado, la ira indetenible:
brava erupción arrecia
por la breve oquedad,
la escueta majestad
que les da paso a explosiones prohibidas
que aviva al soplo la luz encendida
que acoge los glaciares en su seno
que así invoca a la vida
y acaba con el miedo que cerceno.

Te siento encapuchado, zaherido,
rehúyes y te escondes en sus faldas.
Arco volcánico de las cascadas,
cobijas al varón estremecido.
Bajo la caperuza temblorosa y alba
comienza a apaciguarse, en la mañana,
la caricia temprana.
Pasa Loowit fugaz,
con ternezas de paz,
con la promesa de volver un día
Louwala-Clough señora que te guía
en tu viaje hacia mí, hacia mis entrañas.
Llevo tu bonhomía,
tus barbas y tu voz que nos apañan.

Miércoles de ceniza

Como un endeble cuenco,
vasija o albardilla
me dispongo a albergar cada una de las gotas de la colada,
a saborear cada leyenda,
mansamente,
hasta entender los vericuetos que encubren mi futuro.

Degusto los contornos de los lomos de lava,
alerta a las señales de mis papilas.

(casi duermo tranquila)

Todavía no descubro si el gustillo a obsidiana disfraza
[alguna certeza,
aunque igual me embeleso
intentando descifrar el saber que se esconde en el magma.

Uróboros

El señor de los vientos remonta
y tú regresas

El hijo de Enki, iracundo, contesta
y tú regresas

Ninurta se transforma en el dueño de Asiria
y tú regresas

El polvo y el moho ocultan tu nombre esculpido en las
[tablillas celestiales.
La nimiedad de un rayo tembloroso asciende amedrentado
desde una isla sin dueño,

resplandece el abrazo que creíamos secreto
y tú regresas.

III.

Enlil, deidad sin rumbo,

que después de tu expulsión por la Asamblea de los dioses,
[me viste transitar erguida
sobre el cielo de la cúpula,

que me sabes vagabunda y sin brújula, sin lengua, sin árbol
y con unos pocos libros a los que nunca aprendí a interrogar,

que me sabes ansiosa de romper los cristales y recibir la sal
[de las aguas en mis ojos hurraños,
cuéntame si a esta hora me encontró mi destino.

Mariana Libertad Suárez (Caracas, 1974)

Narradora, poeta y académica especialista en estudios de género y literatura latinoamericana escrita por mujeres. Entre sus libros de investigación destacan: ***Sin cadenas, ni misterios: representaciones y autorrepresentaciones de la intelectual venezolana 1936- 1948*** (Premio Internacional de Ensayo "Mariano Picón Salas", 2008); ***La loca inconfirmable: apropiaciones feministas de Manuela Sáenz*** (Premio Literario "Casa de las Américas", categoría Estudios sobre la mujer, 2014); y Éramos muchas: mujeres que narraron la Revolución mexicana (Mención honrosa en el X Certamen Internacional de Literatura "Sor Juana Inés de la Cruz", 2019). Es autora de los poemarios ***Oscura bisagra*** (Editorial Summa), ***(Ad)herencias: tratado sobre la mujeritud*** (Hipatia ediciones) y ***La naturaleza química de las emanaciones*** (Editorial Summa).

Instagram
Twitter
Facebook
Wikipedia

Fondo Editorial Fundarte
octubre de 2020
Caracas, República Bolivariana de Venezuela